

La cuestión agraria y los pobres del campo en Nicaragua, 1979-1985

DAVID KAIMOWITZ *

RESUMEN

Se examinan aquí dos modelos de estructuras agrarias nicaragüenses: el modelo agroexportador capitalista y el modelo campesino capitalista. Se comparan sus implicaciones políticas en cuanto al papel de las granjas del Estado, la escasez de mano de obra para las cosechas, la composición de clase de las organizaciones populares y el papel de los productores de tamaño mediano y grande. Se demuestra que el segundo modelo es superior al primero, pero comparte con éste su débil comprensión del papel de los semiproletarios rurales. Se analiza entonces el problema de los semiproletarios rurales en términos de posibles opciones políticas.

INTRODUCCIÓN

Entre otros de sus rasgos, las revoluciones tienden a ser asociadas con el debate teórico y la experimentación social. No es esto menos exacto con referencia a la Revolución Sandinista que advino al poder en Nicaragua en 1979. Si bien en el caso de Nicaragua los debates no han estado asociados con arduas polémicas y purgas como las que caracterizaron a otras revoluciones, éstos han servido tanto para enriquecer el análisis de la realidad nicaragüense como para proporcionar información sobre el proceso de formulación de políticas.

Algunos de los debates más interesantes han tenido lugar en el contexto de la estructura y la política agrarias. Cuando el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) llegó al poder en 1979, traía consigo

* Me agradaría reconocer con gratitud la ayuda de Don Kanel, Michael Carter, Roger Bartra, William Thiesenhusen, David Stanfield y Gerardo Otero, quienes a pesar de sus múltiples ocupaciones se dieron tiempo para revisar este manuscrito. Mi deuda con mis colegas del Centro para la Investigación y Estudio de la Reforma Agraria (CIERA) de Managua es de otro orden. A ellos les debo el debate y la discusión constantes, de los cuales este ensayo es parte, y que en el largo plazo es la mejor garantía del éxito de la Revolución nicaragüense.

un análisis particular de las relaciones agrarias en el país. Este análisis subrayaba la naturaleza dependiente de la agricultura nicaragüense, el papel desempeñado por los grandes establecimientos agrarios capitalistas en el crecimiento y la inversión agrícolas, el alto grado de proletarización de la población rural y la utilización de la mano de obra semiproletaria para producir alimentos de bajo precio. En este ensayo me referiré a este modelo como el modelo agroexportador capitalista.

El modelo agroexportador capitalista ha sido criticado por autores tales como Baumeister y Vilas. Estos autores argumentan que este modelo subestima en forma sistemática el papel de los "capitalistas campesinos" y de los productores agrícolas pequeños en la estructura agraria de Nicaragua. También difieren en cuanto a la forma de considerar a la gran población rural semiproletaria del país. Baumeister y Vilas ven a este grupo como más marginal y menos funcional que como lo ven los proponentes del modelo agroexportador capitalista.

Cada uno de estos dos modelos, el agroexportador capitalista y el capitalismo campesino, han sido asociados con un conjunto de alternativas políticas. La política agrícola de Nicaragua puede aún ser analizada en términos de dos períodos principales: En el primer período, el modelo agroexportador capitalista sirvió como modelo teórico, implícito en las decisiones de política, en tanto que en el segundo, el modelo de capitalismo campesino desempeñó un papel más importante. En términos aproximados, el primer período corresponde a los años 1979-1982, el segundo a partir de 1982 hasta el presente.

En este ensayo examinaré primero los puntos de vista concernientes al campo —que eran los dominantes en 1979— y analizaré luego sus transformaciones en el tiempo cuando comenzaron a corresponder más al modelo del capitalismo campesino. Se examinarán las implicaciones de política de cada modelo destacando cuatro variables clave: el papel de las granjas del Estado, las preocupaciones en cuanto a la oferta de mano de obra y la escasez de la misma en época de cosechas, el contenido de clase de las organizaciones populares y puntos de vista referentes a los productores grandes y medianos.

Por último, retomaré la cuestión del papel de los productores semiproletarios en la estructura agraria nicaragüense y las políticas alternativas al respecto. Subrayo la importancia de este grupo que en el contexto de Nicaragua tiene las siguientes características: 1] El trabajo asalariado representa un componente importante del ingreso familiar; 2] la familia tiene acceso positivo a la tierra, pero limitado; generalmente menos de 3.5 hectáreas. Son comunes en este estrato los arrendamientos, las aparcerías y otros arreglos de tenencia insegura, y 3] la producción se concentra en maíz, granos y sorgo comestible, usados principalmente para el consumo de la familia y no para la venta.

Tanto el modelo agroexportador capitalista como el del capitalismo campesino comparten la insuficiencia de un análisis viable de esta clase

y de las políticas que pueden adoptarse para favorecerla. Sobre la base del análisis de estas insuficiencias propongo, de manera tentativa, cambios políticos específicos, aunque destaco la necesidad de enfrentar el problema más que el contenido específico de los cambios de política propuestos.

Antes de continuar, vale la pena decir de manera explícita que, al formular este ensayo, mi orden de preocupaciones fue inverso a la forma en que lo presento. Este ensayo es el resultado de haber pensado que la mejora en el nivel de vida de los pobres, en particular de aquellos que no pertenecen a las cooperativas de producción, ha sido marginal, no obstante la existencia en Nicaragua de un gobierno popular dedicado a ayudar a los pobres del campo.

Esto no quiere decir que no se hayan alcanzado logros reales. Además, está claro que podría haberse hecho mucho más si no fuera por la guerra que la administración Reagan ha desatado contra Nicaragua. Empiezo a preguntarme, sin embargo, si no habría también explicaciones de esta incapacidad en ayudar a los pobres del campo, en la forma en que éstos fueron conceptualizados por los formuladores de política del gobierno nicaragüense. Si así fuera, existe la posibilidad de alcanzar resultados de políticas más efectivas, basadas en una mejor comprensión de los pobres del campo. Este ensayo representa mi propia contribución marginal a ese esfuerzo.

EL MODELO AGROEXPORTADOR CAPITALISTA

Al llegar al poder en 1979, gran parte de la conducción sandinista traía con ella un modelo teórico de la estructura agraria en Nicaragua, la del modelo agroexportador capitalista. Este modelo había sido expuesto por Wheelock (1975), Wheelock y Carrión (1980) y Núñez (1981), y más tarde elaborado en FIDA (1980) y Biderman (1983).

El modelo agroexportador capitalista es un modelo de dos sectores: el de exportación "modernizado" y el de consumo doméstico, "tradicional". En el caso de las exportaciones de Nicaragua, están constituidas por el café y el algodón, aunque también se mencionan el azúcar, la carne, el tabaco y los plátanos. El sector de consumo doméstico se centra en torno a los granos básicos: maíz, frijoles y sorgo comestible.

El modelo es un modelo de dos clases. Se da mucha importancia a la manera en que el desarrollo capitalista ha tenido éxito al crear una burguesía agrícola y una clase semiproletaria que, de manera creciente, se proletariza. La producción de exportación se realiza en los establecimientos rurales capitalistas donde la fuerza de trabajo está constituida en cantidad limitada por trabajadorés permanentes asalariados y en mucho mayor grado por trabajadores asalariados estacionales, quienes durante los períodos de desempleo estacional pasan su tiempo cultivando granos bási-

cos o trabajando en el sector “informal” urbano. Constituyen el sector del consumo doméstico de manera principal los mismos semiproletarios que trabajan en el sector agroexportador y, en menor medida, un grupo relativamente pequeño de campesinos “medianos”, la mayoría de los cuales está empobreciéndose y quedando reducido al estatus de semiproletarios.

CUADRO 1

ESTRUCTURA DE LA CLASE RURAL EN NICARAGUA, 1978
(en miles de personas y en porcentaje)¹

<i>Categoría de clase</i>	<i>PEA</i> ²	<i>Porcentaje</i>
Gran burguesía	2.9	0.7
Burguesía mediana y campesinos ricos	38.4	8.9
Campesinos medianos	97.3	22.5
Semiproletarios	157.6	36.5
Trabajadores rurales de tiempo completo	60.9	14.1
Trabajadores rurales de tiempo parcial	75.2	17.4
Total	432.3	100.0

¹ La fuente no es enteramente explícita sobre el criterio utilizado para definir cada grupo. La gran burguesía está compuesta por productores que poseen más de 350 hectáreas. Se consideran campesinos ricos a quienes sólo compran fuerza de trabajo; los campesinos medianos son aquellos cuya compra de fuerza de trabajo es mínima o se equilibra con las ventas de la fuerza de trabajo; y se consideran semiproletarios a quienes sólo venden su fuerza de trabajo. Las dos categorías últimas son las de gente que no tiene acceso a la tierra, divididos entre los que tienen empleo permanente o no lo tienen.

² Población económicamente activa.

FUENTE: CIERA, 1984, *El funcionamiento del sistema alimentario; informe final del proyecto estrategia alimentaria*, Tomo I, Managua: CIERA/PAN/CIDA, p. 25.

LA VÍA “JUNKER” DEL DESARROLLO CAPITALISTA

El modelo nicaragüense de desarrollo capitalista, de acuerdo con este punto de vista, es similar al llamado “junker” o “prusiano”, descrito por Lenin (Biderman, 1983:11). En la vía “junker”, el sector capitalista se desarrolla en grandes fincas tradicionales mediante un proceso gradual de mercantilización y proletarización de la fuerza de trabajo.

Esta descripción parece apropiada particularmente con respecto a la transformación, ocurrida a la vuelta del siglo, de algunas fincas ganaderas

tradicionales de Nicaragua, en cafetales capitalistas, caracterizados al menos en parte por su utilización de mano de obra asalariada y su integración al mercado capitalista mundial. Un proceso algo similar ocurrió en el caso del *boom* del algodón en la región del Pacífico en las décadas de los cincuenta y los sesenta.

De igual manera, quienes proponen el modelo agroexportador capitalista tienden a subrayar la producción de las fincas cafetaleras y la producción de algodón en gran escala. Tienden a minimizar la importancia económica de la frontera agrícola y de los pequeños agricultores capitalistas. En la medida en que el sector ganadero tiene su propio conjunto diferente de relaciones sociales que no se consideran en este modelo de dos sectores, también tiende a ser ignorado.

Además de definir dos sectores básicos: el agroexportador y el de consumo doméstico, y dos clases básicas: la burguesía agrícola y el semiproletariado, hay también una tendencia a dividir al país en dos regiones: la del Pacífico y la del interior. La del Pacífico, donde se concentra la producción de algodón, azúcar, plátanos y algo de café, ha pasado —según se dice— por un proceso mucho más completo de desarrollo capitalista sin dejar casi remanentes significativos de relaciones sociales “precapitalistas”. En el interior, por el contrario, las relaciones “señoriales” o “tradicionales” eran dominantes en las grandes fincas ganaderas y cafetaleras hasta la llegada de la Revolución. Allí son mucho más comunes las aparcerías, la contratación de trabajadores y las relaciones paternalistas de dominación, y mucho más limitados el desarrollo de la tecnología y las fuerzas de producción. No obstante y de manera fundamental, la región del Pacífico comparte con el interior el predominio de grandes fincas capitalistas.

DE JANVRY Y EL DUALISMO FUNCIONAL

El modelo agroexportador capitalista que acabamos de definir es similar de muchas maneras, aunque no idéntico, a los modelos de “desarticulación sectorial” y “dualismo funcional” descritos por De Janvry (1981). De Janvry sostiene que la mayor parte de las economías de la periferia del mundo capitalista están “desarticuladas”, en el sentido de que sus modelos de acumulación se orientan hacia la exportación o hacia la producción de bienes de lujo en lugar de producir bienes salarios para sus propias poblaciones.

Donde éste es el caso, aquellas fracciones de la burguesía que podrían apoyar políticas tendientes a incrementar los salarios con el fin de expandir el mercado son relativamente débiles. En los mercados del exterior o de artículos suntuarios, que son los más dinámicos, los salarios sólo representan un costo para el capitalista, en lugar de representar tanto un costo como un mercado potencial. De aquí que mientras estas fracciones de la

clase capitalista continúen siendo las dominantes, los salarios tenderán a mantenerse bajos.

Los dos mecanismos para mantener bajos los salarios son: 1] la utilización de una fuerza de trabajo semiproletarizada, donde parte de la reproducción de la fuerza de trabajo se transfiere al sector tradicional mediante la producción de bienes salarios para el consumo, que llevan a cabo los trabajadores o sus familiares, y 2] manteniendo bajos los precios de los alimentos, de manera artificial, mediante controles de precios u otros mecanismos. Los bajos precios de los alimentos ayudan a disminuir la presión salarial, puesto que el alimento es con frecuencia el bien salario más importante para los trabajadores pobres.

Al mantener artificialmente bajos los precios de los alimentos se tiende a complementar la semiproletarización en sus efectos. Dados los bajos precios, la burguesía agrícola no producirá alimentos, puesto que puede obtener tasas de ganancia más altas produciendo granos para la exportación u otros bienes de lujo. La producción del grano para la alimentación se deja al sector tradicional, donde la mayor parte de los productores son semiproletarios forzados a producir alimentos para sobrevivir, u otros productores que no pueden acumular bajo estas condiciones desfavorables.

Como podría esperarse, este modelo predice que dadas estas condiciones la producción de bienes agrícolas exportables tenderá a ser dinámica, en tanto que la producción de bienes alimentarios básicos se estancará con el transcurso del tiempo. La acumulación se centra en la burguesía agrícola, puesto que los productores "campesinos" no tienen tierra ni capital, ni la tecnología necesaria para acumular.

El modelo recibe el título de "dualismo funcional" porque como en otros modelos de economía dual existe un sector productor "moderno" que produce bienes suntuarios o de exportación y un sector "tradicional" productor de bienes salarios. Sin embargo, el último no es simplemente un sector residual como en el caso de modelos tradicionales de sectores duales. En forma directa es funcional al sector moderno porque ayuda a la acumulación del capital proporcionándole mano de obra semiproletarizada barata y alimentos baratos producidos por campesinos semiproletarizados.

Las raíces históricas de este modelo se encuentran en la escuela de la dependencia asociada a los nombres de Gunder Frank, Cardoso, Dos Santos y Amin. Una vez que un país entra en un patrón de desarrollo agro-exportador, el dualismo funcional le sigue como resultado necesario, prácticamente independiente de las características históricas y sociales particulares del país. Este último aspecto ha conducido a una amplia crítica de la escuela de la dependencia. Aunque la versión de De Janvry trata de tomar en cuenta esta crítica, aún sufre de muchas de las grietas básicas que a este respecto tienen los primeros escritores de la dependencia.

En estos modelos, la contradicción económica fundamental es la que se da entre la burguesía agrícola y el creciente semiproletariado proletarizado. Como dicen Wheelock y Carrion: "La tierra convertida en capital

y en trabajadores sin tierra, el proletariado agrícola, constituyen los polos de la nueva contradicción fundamental: son indispensables para el desarrollo del modelo del capitalismo agrario que el mercado mundial ha determinado para Nicaragua y que se caracteriza por la dependencia y el monocultivo. Sin embargo, estos son los elementos que van a determinar la destrucción del sistema y su reemplazo por formas nuevas" (Wheelock y Carrion, 1980:19).

Así pues, nos enfrentamos con un escenario marxista clásico donde el desarrollo del capitalismo crea dos clases fundamentalmente antagónicas en el campo: la burguesía agrícola y un creciente semiproletariado proletarianizado. Con ello se crea inadvertidamente una clase social, el proletariado, capaz de tomar con el tiempo el poder y de desarrollar nuevas relaciones de producción. En este sentido, el capitalismo cumple un papel históricamente progresista.

El desarrollo capitalista también es considerado progresista porque está asociado con el uso creciente de la maquinaria y la tecnología "moderna", con economías de escala y con la socialización del proceso de trabajo, todo lo cual eleva la productividad de la mano de obra. Estos aspectos del desarrollo capitalista deben ser mantenidos bajo las nuevas relaciones de producción.

IMPLICACIONES POLÍTICAS DEL MODELO AGROEXPORTADOR CAPITALISTA

Las decisiones de política que se tomaron en los primeros años de la Revolución Sandinista con respecto a la agricultura respondieron de manera obvia a una amplia variedad de consideraciones específicas. Al mismo tiempo, sin embargo, influyó en ellas la construcción teórica subyacente que sirvió como base de la visión sandinista de la sociedad nicaragüense. En esta sección analizaré el papel que desempeñó el modelo agroexportador capitalista predominante en varias decisiones clave de política. Me referiré brevemente a la decisión de mantener las tierras confiscadas a Somoza como granjas del Estado y a la de considerar el "Área de la Propiedad del Pueblo", como punto focal para la acumulación de capital; a las preocupaciones con respecto a la "campesinización" y a las escaseces de mano de obra para las cosechas; a la decisión de desarrollar la Asociación de Trabajadores Rurales (ATR) como una sola organización que incluye a los trabajadores agrícolas, semiproletarios y campesinos, y a algunas de las implicaciones de los primeros análisis de clase que hicieron los sandinistas de la burguesía y pequeña burguesía agrícola.

EL PROBLEMA DE LAS GRANJAS DEL ESTADO

Los supuestos del modelo agroexportador capitalista desempeñaron un papel clave en la decisión de mantener las fincas "somocistas" como gran-

jas del Estado en lugar de convertirlas en cooperativas de producción o de distribuirlas entre los productores individuales. Puesto que se suponía que uno de los aspectos progresistas del desarrollo capitalista era su papel de hacer avanzar las fuerzas productivas y que ello se lograba mediante la creación de granjas socializadas en alto grado, que fueran intensivas en capital y con fuerza de trabajo proletarizada, se consideraba que parcelizar las tierras o convertirlas en cooperativas campesinas era dar un paso atrás en la historia.

Además, existía la creencia generalizada de que las políticas de crédito, de precios y de comercialización que practican los productores individuales producirían un proceso rápido y perverso de diferenciación, en el cual dominarían aquellas familias más capaces de lograr ventajas de estos incentivos. Se pensaba que la única manera de garantizar que no se crearía una nueva clase de *kulaks* explotadores era manteniendo las tierras en forma de granjas estatales.

Dado el modelo que acabamos de describir, no es sorprendente encontrar que el interés del Frente Sandinista de Liberación Nacional se situara en las granjas del Estado como polo fundamental de acumulación de capital. Veían que en Nicaragua la acumulación de capital se centraba en torno a la gran burguesía agrícola y en particular de aquellos elementos que eran más capital-intensivos y mantenían las mayores concentraciones de tierras.

Al confiscar las tierras que previamente habían pertenecido a Somoza y a sus socios más próximos, el gobierno obtuvo el control del 47% de las tierras distribuidas en fincas de más de 350 hectáreas. Muchas de estas fincas estaban entre las que en todo el país eran más intensivas en capital. Por lo tanto, de acuerdo con este punto de vista, aunque el APP sólo controlaba el 20% de la producción agrícola, era y continuaría siendo, junto con la burguesía agrícola privada, el centro de la acumulación del capital.

No fue simplemente un error estadístico el que en los primeros días de la reforma agraria condujo al gobierno nicaragüense a creer que controlaba más del 50% de la tierra agrícola en fincas, cuando el verdadero porcentaje era sólo del 20%. Fue más bien un corolario lógico de las suposiciones existentes con respecto al peso de la gran burguesía agrícola en la economía anterior a 1979.

También se consideraba favorable mantener las tierras en granjas del Estado debido a su supuesto carácter socialista. Al quitarle las tierras al capital mediante la expropiación a los Somoza y sus correligionarios y al devolverlas a la sociedad como un todo, parecía como si la contradicción fundamental entre trabajo y capital hubiera sido superada en este sector.

Las expectativas optimistas en cuanto a la acumulación de capital en las granjas del Estado y en las grandes fincas privadas no resultaron, sin embargo, exactas. Durante los últimos años la producción de las fincas pequeñas y medianas ha tendido a aumentar, en tanto que la producción

de los grandes establecimientos agrícolas se ha estancado. En las granjas del Estado la producción se elevó, pero el nivel de costos ha sido alto y de aquí que no se dispusiera de beneficios para la reinversión y futura acumulación.

“CAMPELINIZACIÓN” Y ESCASEZ DE MANO DE OBRA PARA LAS COSECHAS

Casi todos los primeros discursos sobre la reforma agrícola de Nicaragua hacen referencia al problema de la “campesinización”. Dada una fuerza de trabajo predominantemente semiproletaria, era lógico suponer una tensión entre el tiempo utilizado por los semiproletarios en el trabajo asalariado y el utilizado en la producción agrícola.

La participación de los trabajadores estacionales en las cosechas agrícolas para la exportación se veía como el producto de un mezcla de coerción directa y de necesidad económica absoluta; la única alternativa para no morir de hambre puesto que sus pequeñas parcelas no le daban al trabajador una producción suficiente para mantener a la familia. Se consideraba a la oferta de trabajo como si fuera relativamente independiente de los niveles de salarios.

Se llegó a argumentar que si a los semiproletarios rurales se les diera tierra, crédito y reducciones en la renta y servicios, reaccionarían convirtiéndose en productores de tiempo completo y dejarían de participar en las cosechas de la agroexportación (Enríquez, 1985). La “campesinización” no sólo crearía dificultades para obtener las divisas extranjeras de las cuales había una gran necesidad, sino que también representaría un paso atrás a partir del progreso que el capital hubiera alcanzado en las grandes fincas al socializar la fuerza de trabajo y al desarrollar las fuerzas productivas. Este problema pareció aún más crítico porque la escasez de mano de obra que se había predicho se estaba viendo en las cosechas para la exportación, en particular en la de algodón.

La preocupación por la “campesinización” condujo a fortalecer la posición de aquellos administradores de granjas estatales que se negaban a que las familias rurales pobres dispusieran de tierras en las granjas del Estado. Se argumentaba que al permitir a los semiproletarios el cultivo de granos básicos se reduciría la oferta de mano de obra.

Es probable que esta preocupación tuviera también un efecto general de limitación al apoyo que el gobierno daba a los productores pequeños. En la segunda mitad de 1980 se redujo el crédito para la producción de granos básicos ante la posibilidad de que los agricultores se dedicaran a plantarlos en lugar de trabajar en las cosechas para la exportación. También parece haber sido éste un factor que influyó en el hecho de que transcurriera un lapso de dos años entre la Revolución y el paso a una Ley de Reforma Agraria.

El gobierno nicaragüense se encontró en la situación contradictoria de

desear promover la producción de granos básicos y, al mismo tiempo, limitar el proceso de "campesinización" que podría resultar de políticas favorables a dicha producción. En total parece que se llegó a un compromiso favorable al incremento del crédito, cediendo por algún tiempo pequeñas cantidades de tierras estatales y dictando una serie de leyes de reducción de rentas, pero sin dar acceso seguro a nuevas tierras mediante una reforma agraria más profunda.

ORGANIZACIONES POPULARES EN EL CAMPO

Las concepciones con respecto a la composición de los pobres del campo también desempeñaron un papel en cuanto a las formas en que fueron organizados dentro de las organizaciones de masa patrocinadas por los sandinistas. Al comenzar 1978, el Frente Sandinista había organizado la Asociación de Trabajadores Rurales en la zona del Pacífico. Durante la guerra esta organización concentró sus actividades entre los trabajadores de los cafetales de Carazo, fuertemente proletarizados.

Ya con la Revolución, la Asociación de Trabajadores Rurales tuvo que enfrentar una cantidad de decisiones con respecto al carácter de sus miembros y al programa. Cuando se estableció la Asamblea Nacional Constitutiva en noviembre de 1979, se tomó la decisión de incluir como miembros a "trabajadores, campesinos semiproletarios, y campesinos que emplearan pequeñas cantidades de mano de obra que no perteneciera a la familia" (Asociación de Trabajadores Rurales, 1980).

Más que identificar dos clases separadas de trabajadores y de productores rurales, se caracterizó a los pobres rurales como una masa de semiproletarios, a quienes se podía poner juntos en una organización, aunque ocasionalmente se inclinaban en una u otra dirección con intereses y preocupaciones similares.

Sin embargo, en la práctica, Deere *et al.* señalaron que en el primer año y medio después de la Revolución, la Asociación de Trabajadores Rurales se orientó en primer lugar hacia las preocupaciones de los asalariados agrícolas, quienes componían la mayoría de sus miembros (Deere *et al.*, 1983). En noviembre de 1979, de los 58 303 miembros de la Asociación, 79% eran trabajadores agrícolas asalariados organizados en sindicatos de granjas estatales o privadas (Asociación de Trabajadores Rurales, 1980:19). Cuando esto comenzó a cambiar a mediados de 1980 y más productores pequeños se hicieron miembros, comenzaron a surgir una serie de conflictos, tema que será expuesto en una sección posterior.

LA BURGUESÍA AGRÍCOLA Y LA PEQUEÑA BURGUESÍA

Por las que parecen haber sido en esa época razones tácticas, se tomó la decisión de incluir a la burguesía agrícola dentro de la alianza domi-

nante mediante una política de "unidad nacional". Se otorgaron a grandes productores privados incentivos económicos y una cierta participación dentro de las estructuras del gobierno. No obstante, de manera estructural, se consideraba que la burguesía estaba en forma inherente opuesta a los intereses de clase de los pobres que estaban en el centro de la Revolución.

Durante la Revolución, la participación más expresiva de la burguesía agrícola había provenido de los grandes productores organizados en la Unión Nacional de Productores Agrícolas de Nicaragua (UPANIC), una organización del Consejo Superior del Sector Privado (COSEP). Muchos de los grandes productores eran miembros o simpatizantes de partidos no sandinistas (pero antisomocistas) tales como el Movimiento Democrático Nicaragüense (MDN) o el Partido Conservador Democrático de Nicaragua (PCD).

En parte debido a su vigorosa actividad política, los productores agrícolas organizados en UPANIC daban la impresión de representar una fuerza económica significativa. Sin embargo, y esto es más importante para nuestra argumentación, la tendencia del Frente Sandinista de Liberación Nacional durante el período inicial posterior a la Revolución era la de superar la importancia de los grandes productores agrícolas bajo la influencia de UPANIC, debido a prejuicios teóricos.

Por el hecho de que el Frente Sandinista de Liberación Nacional tenía un modelo que destacaba la importancia de la gran burguesía agrícola y restaba importancia a lo que podemos llamar campesinos ricos o burguesía mediana, no alcanzó a establecer las diferencias entre estos dos grupos. Además, para la mayor parte, la participación en la burguesía se definía sobre la base de la cantidad de mano de obra comprada, más que sobre medidas de riqueza, o sea capacidad de apropiarse del excedente u otras medidas de posición de clase.

Los primeros cálculos parecieron sugerir que los grandes productores capitalistas constituían un porcentaje abrumador de la producción agrícola de Nicaragua. Con frecuencia se mencionaba la cifra de 65% de la producción agrícola de Nicaragua en manos de los grandes agricultores capitalistas. Más tarde, sin embargo, cuando los cálculos comenzaron a separar los productores "medianos" de la gran burguesía agrícola, esta cifra quedó reducida a 21%. (Cuando se puso en ejecución la Reforma Agraria de 1981, esta cifra se redujo aún más mediante las expropiaciones y fue de 11.5% entre 1981 y 1984.)

Las preocupaciones y la atención del gobierno tendieron a centrarse en torno de aquellos sectores de la agricultura donde la gran burguesía era de hecho dominante, tales como el del algodón, el arroz, el sorgo industrial y la producción de azúcar. Aquellos en los cuales la burguesía mediana y los campesinos ricos eran los dominantes, tales como los sectores de la producción ganadera, de la pequeña y aislada producción cafetalera y de la frontera agrícola, recibían poca atención. Irónicamente, la po-

CUADRO 2

TENENCIA DE LA TIERRA DESDE 1978 HASTA 1984
(Porcentaje de tierra cultivable en cada categoría)

<i>Tipo y tamaño de la propiedad privada (individual)</i>	<i>1978</i>	<i>1982</i>	<i>1984</i>
Más de 350 hectáreas	41.2 ¹	16.5	12.0
140 a 350	13.8	12.0	12.0
35 a 140	29.7	29.7	29.7
7 a 35	12.9	12.9	12.9
Menos de 7	2.4	3.0	5.4
Cooperativas de producción (CAS)	0.0	1.9	9.0
Granjas del Estado	0.0	24.0	19.0
Total	100.0	100.0	100.0

¹ Esto no contradice la cifra de 21% mencionada más arriba. Se refiere a tenencia de la tierra en tanto la otra se refiere a la producción.

FUENTE: 1978, 1982: Barricada; 1983, *Reforma Agraria: Esta es la Democracia*, 9 de diciembre de 1983; 1984: Baumeister, Eduardo y Neira, Óscar, 1984, *Economía y política en las relaciones entre el Estado y el sector privado en el proceso nicaragüense*, p. 26.

sición teórica dominante en el FSLN los llevaba en esa época a sobrestimar tanto la posición negociadora como la importancia total de sus oponentes, los grandes productores capitalistas organizados en COSEP (Baumeister y Neira, 1984).

UN MODELO ALTERNATIVO TEÓRICO: EL "CAPITALISMO CAMPESINO"

En una serie de artículos de Baumeister y Vilas (Baumeister, 1982; 1983, Baumeister y Havens, 1983; Baumeister y Neira, 1984; Vilas, 1984) se ha presentado un modelo alternativo de desarrollo capitalista en la agricultura de Nicaragua. El trabajo de Baumeister y Vilas tiene mucho en común con la discusión reciente de Lehman (1985) y Shanin quienes destacan el papel de lo que podríamos llamar "capitalistas campesinos" y la importancia de distinguir a estos capitalistas campesinos de los productores capitalistas más grandes. Por lo tanto me he referido al suyo como el modelo del capitalismo campesino.

El modelo del capitalismo campesino también difiere del modelo capi-

talista agroexportador en su visión del semiproletariado. Se presenta a este grupo mucho más como verdaderamente marginal, en el cual la mayor parte del trabajo asalariado lo realizan trabajadores más enteramente proletarizados y en que la mayor parte de los alimentos lo producen "capitalistas campesinos" o pequeños agricultores con poca participación en el mercado de trabajo. Basándose en sus diferentes puntos de vista sobre los capitalistas campesinos, los pequeños agricultores y el semiproletariado rural, Baumeister y Vilas derivan diferentes conclusiones de estructuras agrarias regionales, con respecto a la naturaleza de la Revolución Nicaragüense y de las posibles alternativas de política.

Su trabajo es interesante no sólo por su valor como investigación sino debido a las concepciones y políticas que han promovido, que aunque quizá no sean todavía dominantes han desempeñado un creciente papel en la política agrícola de Nicaragua durante los últimos tres o cuatro años.

LOS CAPITALISTAS CAMPESINOS

Baumeister y Vilas destacan el así llamado "capitalista campesino", a quien también se refieren en diferentes contextos como burguesía mediana, campesinos ricos, kulaks y granjas multifamiliares medianas. Vilas describe a estos capitalistas campesinos de la siguiente manera:

"El grupo de productores agrícolas que se encuentra por debajo de la gran burguesía terrateniente y por encima de los minifundistas tiene [...] (el siguiente perfil): Son hombres hechos por ellos mismos (*sel-made men*) cuya relación con la tierra es, por encima de todo, productiva. En el caso de los dueños de una propiedad, ésta representa un control económico real sobre la misma y no simplemente un derecho jurídico. Estos productores tienen la capacidad de comprometer los medios de producción para realizar determinadas actividades y para organizar y dirigir el proceso de producción. Esto es cierto no obstante el hecho de que su subordinación al capital comercial, financiero y agro-industrial, en términos de precios, créditos, insumos, etcétera, hace que esta capacidad sea algo relativa. La utilización de trabajadores asalariados que no pertenezcan a la unidad familiar es limitada y en gran medida estacional, especialmente en el caso de la producción agro-exportadora. Estos rasgos, junto con la supervisión directa del proceso de producción, y aun con la participación directa en las tareas productivas en el caso del espectro más bajo de este grupo, están por lo general asociadas con productores que viven en el campo o en pueblos cercanos y cuyo estilo de vida es generalmente modesto y de poco consumo superfluo. El excedente que por último permanece en manos de estos productores se utiliza de manera principal en la satisfacción de las necesidades básicas y para la reinversión en la granja" (Vilas, 1984:15).

Así pues, algunas características básicas de los capitalistas campesinos son: su integración directa en el proceso de trabajo y en la vida de la co-

munidad rural, su utilización de mano de obra asalariada (aunque generalmente menos que en las grandes fincas y con diferentes relaciones de producción), y su subordinación a otros sectores del capital. A nivel social tienen "lazos familiares con diversos segmentos del campesinado y aun con trabajadores asalariados; no participan del círculo de capitalistas o de grandes señores de la región y tienen tendencia a ejercer el liderazgo sobre los demás estratos del campesinado" (Baumeister, 1983:17).

En el marco del modelo agroexportador capitalista los capitalistas campesinos han sido considerados junto con la gran burguesía agrícola, bien sea debido a la utilización de trabajadores asalariados o porque se ha descontado su importancia. Sin embargo, Baumeister se pregunta si la compra de fuerza de trabajo en sí y por sí misma es suficiente para definir estos sectores como parte de la burguesía agrícola o por el contrario subraya todas las diferencias enumeradas más arriba.

En todos estos aspectos los capitalistas campesinos difieren de "la gran burguesía". Por lo tanto se puede esperar que su conducta económica será distinta y responderá de manera diferente a la política agrícola. Debido a su subordinación a otros sectores del capital, los capitalistas campesinos se encuentran incapacitados para apropiarse del grueso del excedente producido en sus fincas y hasta cierto punto ven limitado su control del proceso de trabajo. Además, bajo la dictadura de Somoza los capitalistas campesinos carecían prácticamente del apoyo del gobierno que, por otra parte, se proporcionaba a la gran burguesía. Sobre esta base, Baumeister y Vilas sostienen que los capitalistas campesinos pueden en potencia ser integrados dentro de la alianza popular que apoya a la Revolución, en tanto no lo pueden ser los más grandes productores capitalistas.

LOS CAPITALISTAS CAMPESINOS EN EL CONTEXTO NICARAGÜENSE

Baumeister define a las "granjas multifamiliares medianas" en el contexto nicaragüense como las que tienen entre 35 y 350 hectáreas y alquilan menos de 12 trabajadores (Baumeister, 1982:11). De acuerdo con esta definición había 20 000 fincas de este tipo en Nicaragua en 1971. Al usar una definición un tanto más amplia, se estimó en 1978 que estos productores ascendían a 38 900 y representaban 8.9% de la población agrícola económicamente activa (véase cuadro 1). Los establecimientos que tenían entre 35 y 350 hectáreas controlaban 43% de la tierra cultivable en 1978 (véase cuadro 2). Estas granjas multifamiliares medianas se concentran en la producción de ganado, plantaciones más pequeñas de café y de algodón, producción de sésamo, de vegetales y en la producción de granos básicos más comercializables.

Los capitalistas campesinos son considerados de mucha mayor importancia en Nicaragua que en los países de Centroamérica más polariza-

dos, como es el caso de El Salvador y Guatemala. Baumeister contrasta la cifra de 20 000 con la de 3 000 en El Salvador, 7 000 en Guatemala y 13 000 en Costa Rica (Baumeister, 1983:13). Esto se atribuye en gran parte a que en Nicaragua es baja la proporción hombre/tierra y a las facilidades relativas que han existido para obtener acceso a la tierra en la frontera agrícola, no obstante los esfuerzos que para evitarlo han realizado el Estado y la burguesía agrícola.

La posibilidad de expandir el acceso a la tierra, y las políticas liberales de crédito de los sesenta y los setenta, permitieron un desempeño relativamente dinámico de la producción por parte de este grupo durante ese período. Este patrón de conducta es muy diferente del estancamiento que el modelo agroexportador capitalista predijo para la producción de los establecimientos pequeños y medianos.

El dinamismo y la importancia de los capitalistas campesinos también conduce a Baumeister a rechazar la caracterización de Nicaragua según la cual este país sigue la vía "junker", por lo menos como una generalización que abarque el país como un todo. En lugar de ello habla de una senda "kulak" en la cual los capitalistas campesinos desempeñan un papel significativo, porque acompañan las transformaciones que ocurren en el sector estatal, así como también de un "sendero de frontera agrícola" en tierras que apenas se incorporaron por primera vez a las granjas.

UN SEMIPROLETARIADO MARGINALIZADO

En el modelo de Baumeister, la mayor parte del trabajo realizado en el sector agroexportador moderno es llevado a cabo por trabajadores plenamente proletarizados (incluyendo aquellos que no pueden encontrar empleo permanente) o por trabajadores agrícolas de tiempo parcial integrados dentro del sector informal urbano. Los semiproletarios rurales, aunque participen en las cosechas de los productos exportados, desempeñan un papel mucho menos importante que en el modelo agroexportador capitalista. Los proletarios plenos se distinguen de los semiproletarios como una clase separada.

Basándose en una investigación sobre los trabajadores del café y del algodón realizada en 1981, Baumeister y Havens demuestran que el 64% de los cosechadores del algodón y 51% de los cosechadores del café no tuvieron acceso a la tierra. Fueron proletarizados por completo o integrados dentro del sector informal urbano. Además, aquellos trabajadores de la cosecha que eran semiproletarios rurales en realidad participaron en las mismas en mucho menor medida que lo que pueden implicar las cifras. Los autores descubrieron, por ejemplo, que los productores con acceso a la tierra trabajaron en promedio sólo un mes en la cosecha de café, en tanto que los proletarios plenos trabajaron en promedio de 2 a 3 meses (Baumeister y Havens, 1983).

Los semiproletarios rurales dejan de tener el papel clave que desempeñaron en el modelo anterior. Si bien Baumeister reconoce que en términos numéricos constituyen los más numerosos, en términos económicos les asigna relativamente poca importancia. Como se demuestra más arriba, su participación del trabajo asalariado en las fincas agroexportadoras modernas es más pequeña que en el primer modelo. Del mismo modo, en su papel de productores agrícolas representan sólo una pequeña porción de la producción de alimentos en comparación con la de los capitalistas campesinos. (Es interesante señalar que pueden desempeñar cantidades significativas de trabajo asalariado para los capitalistas campesinos, pero bajo relaciones de producción diferentes de las que realizan en el sector "moderno".)

Por sobre todo, el semiproletario le parece a Baumeister mucho menos funcional y mucho más marginalizado que a otros autores como De Janvry o Biderman. En este sentido, Baumeister es similar a Feder, quien describe un proceso por el cual los pequeños agricultores son "descampesinados" por su disminuido acceso a la tierra y por otros factores que los "empujan", sin que al mismo tiempo sean "proletarizados" en el sentido de llegar a convertirse en trabajadores asalariados de tiempo completo (Feder, 1981). El resultado es que los semiproletarios tienden a incrementar su número, formando una masa creciente subempleada y empobrecida.

UNA REGIONALIZACIÓN ALTERNATIVA

Más que dividir al país en dos regiones, la del Pacífico y la del interior, caracterizadas ambas por un semiproletariado predominante y por el predominio de grandes fincas, el modelo de Baumeister es congruente con la existencia de cuatro regiones. La primera incluye los clásicos polos del desarrollo capitalista: las regiones del algodón de León, Chinandega y Masaya; las áreas de producción azucarera y aquellas regiones productoras de café de Matagalpa, Jinotega, Managua y Carzo, donde grandes productores capitalistas han sido dominantes durante algún tiempo. En esta región, el modelo agroexportador constituye una descripción bastante buena de la realidad. Hay fincas "modernas", una gran burguesía agrícola que se diferencia con claridad y un predominio de proletarios agrícolas y de semiproletarios fuertemente proletarizados, quienes desempeñan el grueso del trabajo asalariado.

Dentro de esta región está contenida casi toda la oferta de trabajadores utilizada para la cosecha de exportación de estas fincas. Baumeister y Havens demuestran que 80% de los pizcadores de algodón y el 48% de los pizcadores de café vivían en el mismo municipio en el que trabajaban. Porcentajes aun más altos vivían en los mismos departamentos. Esto implica que los semiproletarios que no viven en las áreas del algodón o del café tenían un papel particularmente marginal en lo referente a la provisión de mano de obra para las cosechas.

En la segunda región son los capitalistas campesinos quienes predominan. Se centra de manera principal en áreas que durante los últimos cuarenta años o más han constituido la frontera agrícola, pero donde ya ha transcurrido suficiente tiempo desde su colonización inicial como para que ya se haya dado alguna acumulación.

En esta región hay una clara diferenciación social, aunque de carácter complejo. El verdadero proletariado agrícola es pequeño. Son predominantes los trabajadores semiproletarios y los "pequeños productores" desde el punto de vista numérico, pero las relaciones entre ellos y los grandes productores tienden a ser más paternalistas que en la primera región. Los grandes productores, por su parte, comparten con los pequeños muchos de sus problemas sociales, una carencia tradicional de apoyo gubernamental y una fuerte subordinación al capital improductivo. En muchos casos los grandes productores son quienes primero colonizaron esas tierras. En esta región, el semiproletariado no está tan desprovisto de tierra como en la primera región y es posible que hasta tenga aspiraciones de convertirse él mismo en un campesino rico.

La "verdadera" frontera agrícola es la tercera región. Algunos autores del pasado habían tendido a discutirla sólo en el contexto de los esfuerzos de legitimización del régimen de Somoza, más bien que a reconocerla como una importante entidad socioeconómica en sí misma. Aquí, las clases sociales son relativamente indiferenciadas y muchas de las relaciones aparentes tienen en realidad, por lo menos en parte, carácter de intercambio de trabajo.

Por último, existe una cuarta región, a la cual Baumeister dedica poca atención y que tiene el carácter de residual. La cuarta región incluye el centro del país: el oriente de León y Chinandega, la porción occidental de Estelí, Madriz, Nueva Segovia, Matagalpa y Boaco y partes de Rivas, Granada y Masaya. Es en verdad una región semiproletarizada. En su mayor parte es una zona seca con tierras de utilidad marginal.

Es típico de esta cuarta región que el semiproletariado represente algo más del 60% de la población económicamente activa. Aunque suelen trabajar durante cortos períodos en las cosechas de algodón y de café, su contribución a estas cosechas es marginal. Coexisten con grandes (y a veces medianos) productores de ganado, que tienen explotaciones extensivas, y que monopolizan las tierras. Gastan parte de su tiempo cultivando pequeñas parcelas de granos básicos, otro tiempo en las cosechas y otra parte del mismo en jornadas laborales y trabajos artesanales. Gran parte del tiempo, sin embargo, permanecen desocupados.

Una revolución democrática popular

A partir de su diferente conjunto de supuestos, Baumeister y Vilas llegan a conclusiones políticas muy diferentes. Identifican la principal con-

tradicción en la estructura agraria de Nicaragua, dada la dominación del capital productivo por el capital improductivo, lo cual ha limitado las posibilidades del avance social de los productores pequeños y medianos, aunque no necesariamente el crecimiento económico. Al mismo tiempo, los semiproletarios pueden ser incorporados a la economía eliminando el monopolio que ejercen sobre la tierra los grandes finqueros tradicionales en particular los grandes ganaderos del interior del país.

La Revolución Nicaragüense es, pues, fundamentalmente una revolución popular, democrática más bien que socialista. Es poco lo que se prevé en términos de la resolución de las demandas históricas del proletariado. Son los pequeños y medianos productores (y quizá la burocracia estatal) y aquellos semiproletarios que reciben tierra quienes puede esperarse sean los más beneficiados.

Mediante la nacionalización de los sectores financiero y comercial, el Estado reemplaza el papel tradicional desempeñado por los sectores de capital no productivo. Junto con esto, su habilidad para establecer impuestos y para regular permite al Estado extraer una porción del excedente y ejercer el control sobre muchos aspectos del proceso de trabajo, incluyendo el uso de la tierra, los niveles de tecnología y las condiciones de la mano de obra, sin llegar a involucrarse de manera directa en el proceso productivo.

LA CREACIÓN DE UNA "POLÍTICA CAMPESINA"

Aunque continúa teniendo influencia significativa aun hoy día, el modelo agroexportador capitalista ejerció su mayor impacto sobre la política agrícola durante los dos primeros años de la Revolución. Diferentes factores han influido en la promoción de modificaciones graduales y en la creación de un nuevo conjunto de políticas correspondientes. En esta sección examinaré estos factores, concentrándome sobre las mismas cuatro preocupaciones de política analizadas hasta aquí.

LAS GRANJAS DEL ESTADO

Originalmente se consideraba que el aumento del empleo en las granjas del Estado eliminaría, con el paso de unos pocos años, el problema del desempleo rural en Nicaragua y, después de un cierto período, atraería a muchos semiproletarios al empleo asalariado permanente (Wheelock, 1980:68-69). Por cierto que se dio un importante incremento en los niveles de empleo de las granjas del Estado. Sin embargo, este incremento fue mucho menor de lo que hubiera sido necesario para poner fin a la desocupación rural y para que comenzara a "drenarse" el sector tradicional.

Además, en la medida en que ocurrió que aumentara el empleo este

incremento fue acompañado por una baja en la productividad. En estas condiciones hubo consideraciones fiscales que eventualmente forzaron al Estado a reducir la fuerza de trabajo en 1981 (Peek, 1981:35). Por otra parte, los incrementos en el empleo implicaron que quienes ya estaban trabajando de 6 a 9 meses por año en las granjas se convirtieron en trabajadores de todo el año, en lugar de que se incorporaran como obreros permanentes quienes en gran número sólo trabajaban durante las cosechas (Hintermeister, 1983:217). Como las granjas del Estado demostraron ser incapaces de proporcionar una solución a los problemas sociales de los semiproletarios, muchos de los cuales estaban demandando tierras, hubo que buscar otras alternativas.

Tampoco las esperanzas de que las granjas del Estado se convirtieran en centros de acumulación se cumplieron hasta la fecha. Aun cuando la producción total ha crecido durante los últimos años, la productividad y los niveles de beneficio son relativamente bajos. Muchas de las granjas que habían producido beneficios sustanciales en el pasado ya no pudieron hacerlo bajo las nuevas condiciones. Si bien esto podría haberse esperado como algo natural como resultado de las dislocaciones inherentes a cualquier proceso de transición, creó, sin embargo, serios problemas que no habían sido previstos por los líderes del gobierno.

El gobierno nicaragüense no ha abandonado las esperanzas de que las granjas del Estado se conviertan eventualmente en una fuente principal de acumulación de capital y de empleo y continúa poniendo mucho énfasis en grandes proyectos agroindustriales dirigidos por él mismo. Se ha otorgado a los gerentes de las granjas del Estado mayor autonomía y se han realizado algunos experimentos en el sentido de hacer participar a los trabajadores en la toma de decisiones, en un esfuerzo por aumentar la productividad y los niveles de beneficio. En el corto plazo, sin embargo, se ha hecho necesario depender de crédito externo para compensar la escasez de divisas y confiar la generación de excedentes a otros sectores.

DE LA "CAMPESINIZACIÓN" A LA DISTRIBUCIÓN DE TIERRAS

El modelo agroexportador capitalista afirma que los semiproletarios desempeñan un papel fundamental en las cosechas agrícolas de exportación. Ello implica que las políticas que tienen como efecto colateral una caída en la oferta de trabajo de los semiproletarios tendrá efectos desastrosos sobre la economía. Pero, como hemos visto, Baumeister y Havens comenzaron a cuestionar la importancia del papel que en realidad desempeñan los semiproletarios en las cosechas para la exportación.

Si los semiproletarios rurales no estuvieran realizando el grueso del trabajo de la recolección, parecería poco probable que la fuerza de trabajo para las cosechas se evaporara como resultado de conceder a los productores más tierra y servicios. Cualquier caída en la oferta de mano

de obra podría por supuesto ser importante, y ninguna garantía existe de que aun los trabajadores plenamente proletarizados no fueran "campesinizados" mediante un incremento en el acceso a la tierra. No obstante los hallazgos que demuestran que los semiproletarios rurales no constituían la mayoría de los trabajadores de las cosechas, pareciera disminuir los peligros potenciales de la "campesinización".

El concepto de "campesinización" comenzó a ser atacado también por otros motivos. Se señaló que la escasez de mano de obra era mayor en las cosechas de algodón, donde la participación del semiproletario rural era particularmente baja. Nicaragua tuvo éxito en 1981, 1982 y 1983 cuando tuvo cosechas récord y casi récord en la recolección del grano de café, sin que se experimentara ninguna escasez crítica de mano de obra.

Una caída de los salarios reales después de 1980, en especial fuerte en la cosecha de algodón y menos fuerte en la del café, proporcionó una explicación alternativa de la escasez de mano de obra. Esto implicaría una mucho mayor elasticidad de oferta de la mano de obra para la cosecha que la que anteriormente se había supuesto, hallazgo éste consistente con la alta elasticidad de oferta de mano de obra observada por Pattie (1982).

Baumeister, en lugar de preocuparse por la escasez de mano de obra provocada por el apoyo que el gobierno da a los pequeños agricultores, subraya los peligros potenciales de dicha escasez cuando es el resultado de políticas tendientes a promover el sector informal urbano y la migración del campo a la ciudad. Tanto esta migración como el sector informal han crecido rápidamente en los primeros años de la Revolución.

También puede cuestionarse si las políticas supuestamente responsables de la "campesinización" tuvieron en realidad un efecto tan fuerte sobre el semiproletariado como para ser responsable de su supuesta deserción de la cosecha de exportación. Algunos estudios recientes han llegado a la conclusión de que las leyes tendientes a limitar las rentas y a dar acceso creciente a la tierra rentada, tuvieron con toda probabilidad efectos sólo limitados (Deere *et al.*, 1983). En algunos casos, estos efectos pueden hasta haber sido negativos. Además, mucha gente que obtuvo acceso a tierras nuevas mantuvo su participación en el mercado de trabajo, según ha sido demostrado.

Del mismo modo, si bien las cantidades de crédito asignadas como un todo al sector de pequeños agricultores crecieron seis veces después de 1979, la mayor parte de las mismas no se concentró en los productores semiproletarios (Collins, 1982:56). Los productores semiproletarios se beneficiaron de estos programas de crédito pero es probable que no de manera suficiente como para ser la causa de que abandonaran una fuente clave tradicional del ingreso como son las cosechas.

Cuando comenzaron a desaparecer las tesis que apoyaban la "campesinización", se debilitó en consecuencia la racionalidad de no poner tierras a disposición del semiproletariado rural mediante la redistribución de las mismas. Al mismo tiempo hubo una presión constante por parte de quie-

nes no poseían tierra así como una urgente necesidad de incrementar la producción de granos básicos para alcanzar la autosuficiencia alimentaria. (También hubo presión a finales de 1982, como resultado de la escalada de la guerra “encubierta” de la administración Reagan contra Nicaragua para que se tomaran medidas destinadas a garantizar el apoyo político de los campesinos pobres.)

Una de las primeras indicaciones de una nueva voluntad por parte del gobierno de redistribuir tierras fue el dictado de la Ley de Reforma Agraria de 1981. Pero aun así, en el momento en que se dictó la ley no se había impuesto todavía en forma definitiva la decisión en favor de la redistribución de la tierra. No fue sino hasta mediados de 1982 cuando comenzaron a tener lugar las redistribuciones de tierra. Una de las razones de este retraso en el cumplimiento de la ley fue la continua resistencia de quienes estaban preocupados por la “campesinización” y sus presuntos efectos.

LA DIVISIÓN DE LA ASOCIACIÓN DE TRABAJADORES RURALES (ATR)

Después de un aumento al comienzo de 1980 del crédito rural asignado a los pequeños productores organizados en las Cooperativas de Crédito y Servicio (ccs), la membresía de los pequeños agricultores aumentó mucho en la Asociación de Trabajadores Rurales. La mayor parte del incremento del número de miembros, que pasó de 58 000 en noviembre de 1979 a 120 000 en junio de 1980, estuvo constituida por los miembros de las Cooperativas de Crédito y Servicio. El carácter de clase de la organización comenzó a cambiar.

“La Asociación de Trabajadores Rurales, con el número cada vez mayor de miembros de las cooperativas, había absorbido los problemas presiónantes de las deudas y la necesidad de mejorar los servicios de la comercialización. Sin embargo, en el fondo todavía era una asociación de trabajadores rurales y se encontraba en crecientes dificultades para coordinar con eficacia la política dirigida a sus miembros campesinos” (Deere *et al.*, 1983:15).

Por otra parte, a comienzos de 1980 UPANIC, a través de su asociación afiliada de los productores de café de Matagalpa, comenzó un importante movimiento organizativo tendiente a incrementar el número de miembros entre los productores de tamaño pequeño y mediano e, implícitamente, a convertirlos en oponentes del Frente Sandinista. Esto puso al FSLN en una posición difícil puesto que estos productores, en su mayor parte, no sentían que la Asociación de Trabajadores Rurales representara sus intereses y el FSLN no tenía para ofrecerles una forma alternativa de organización rural.

La incapacidad de la Asociación de Trabajadores Rurales de organizar simultáneamente a los trabajadores rurales y a los campesinos dentro de

la misma organización condujo a su división y a la creación en abril de 1981 de la Unión Nacional de Agricultores y Rancheros (UNAR), organización de pequeños y medianos productores. Así terminó la idea de un campesinado semiproletarizado dentro de una organización. En el nuevo análisis hubo trabajadores rurales y productores "pequeños y medianos" cada uno con su propia organización y problemas. Hasta llegó a admitirse que a corto plazo los intereses de ambos grupos podían entrar en conflicto.

Dos años más tarde la división de la Asociación de Trabajadores Rurales había rebajado el número de sus miembros de 120 000 a 40 000. Por el contrario, la UNAG llegó a tener más de 100 000 miembros, muchos de ellos antiguos asociados de la Asociación de Trabajadores Rurales. El grueso de los semiproletarios rurales había sido redefinido y pasaron de ser trabajadores "casi proletarizados" a productores pequeños y medianos.

LA SEPARACIÓN DE LOS MEDIANOS Y LOS GRANDES PRODUCTORES

Al separar teóricamente a los "capitalistas campesinos" de los grandes productores y separándolos organizativamente mediante su pertenencia a la UNAG y los grandes productores a UPANIC, se encontró dispuesta la escena para la creación de políticas que les estaban específicamente destinadas. Existían razones compulsivas, tanto de orden político como económico, para la creación de tales políticas. Al apartarlos del marco organizativo de UPANIC, el FSLN intentó ganar su apoyo en esta lucha contra los grandes productores, activos en la oposición. (Llegó hasta incorporar en la UNAG a muchos grandes productores conocidos como productores "patriotas". En realidad, si se habla en términos prácticos, el criterio respecto a quién era un "gran productor" y quién era "productor mediano" en lo concerniente a la UNAG, fue definido tanto por su posición hacia la Revolución como lo fue por criterios específicos respecto al tamaño de la finca.)

Las elecciones nacionales de 1984 demostraron que el FSLN era políticamente débil entre los capitalistas campesinos. En las municipalidades donde eran dominantes los productores pequeños y medianos, el FSLN hizo una elección más pobre que en las municipalidades donde tendían a predominar los semiproletarios y los obreros agrícolas. En los 31 municipios que Envío caracteriza como dominados por campesinos "proletarizados", el FSLN recibió un porcentaje de votos más alto que su promedio nacional (62.9%) en 22 de ellos. En los 79 municipios donde el campesinado fue clasificado como "comercial" o "tradicional", el FSLN sólo sobrepasó su promedio nacional en 38%; y en dos terceras partes de estos municipios, las abstenciones superaron el promedio nacional de 24.5% (Envío, 1985:18b-21b).

En la frontera agrícola y en aquellas zonas que en el pasado reciente

habían sido frontera agrícola, los resultados fueron perturbadores en particular. La sensibilidad política de esta situación se agravó por el hecho de que muchos de estos municipios estaban en zonas donde actuaban militarmente los insurgentes apoyados por Estados Unidos.

Las elecciones de 1984 sólo confirmaron lo que el FSLN había comenzado a sospechar por lo menos desde 1983. Esto era que se necesitaba trabajar más para asegurarse el apoyo de los capitalistas campesinos, muchos de los cuales comenzaban a ser hostiles. Las primeras medidas para garantizar el apoyo político de estos productores de "mediano nivel", en particular en las regiones conflictivas, incluyeron: 1] un programa de títulos masivos de propiedad, instituido a mediados de 1983, los cuales fueron otorgados a decenas de miles de pequeños y medianos productores sobre la frontera agrícola; 2] la asignación de una atención prioritaria en materia de créditos, reforma agraria, distribución de alimentos y otras áreas en las regiones del norte y del interior donde eran dominantes los pequeños y medianos productores, y 3] la decisión de emitir títulos de inafectabilidad a los productores preocupados por las posibilidades de expropiación.

Se tomó la decisión de convertir a los semiproletarios en miembros de cooperativas de productos agrícolas, con el sentido de atraerlos al sector "campesino". Mediante un proceso de redistribución masiva de la tierra, por el cual fueron expropiadas extensas fincas ganaderas y el Estado devolvió tierras de las granjas de su propiedad, el porcentaje de tierras en producción cooperativa se incrementó de 2% en 1982 a 9% en 1984. Si bien esta medida tenía contenido económico, fue también una decisión política destinada a garantizar el apoyo de los beneficiarios de la reforma.

En términos económicos, una cantidad de factores favoreció la creciente atención prestada a los productores pequeños y medianos y a la producción en cooperativas. Como se demostró antes, el potencial para la acumulación de las granjas del Estado resultó algo estancado, por lo menos a corto plazo. Tampoco hubo mucha expansión en los grandes establecimientos agrícolas privados (con algunas excepciones en el caso del azúcar y del arroz). Los grandes productores privados han tendido a utilizar el control sobre la producción como palanca tratando de ganar concesiones políticas del gobierno nicaragüense. Estos productores son también renuentes a invertir porque advierten amenazas de posibles expropiaciones futuras o de inestabilidad.

Así pues, el gran sector agroexportador "modernizado", sea éste del Estado o de propiedad privada, que ha desempeñado en el pasado un papel importante en la acumulación de la agricultura de Nicaragua (aunque no tan exclusivo como lo quiere implicar el modelo agroexportador capitalista), en los últimos años ha demostrado poca tendencia expansiva. Por otra parte, los productores pequeños y medianos y las cooperativas de producción han ido incrementando la producción y las inversiones.

En su mayor parte, estos agricultores no temen a la expropiación y han

sacado ventaja del nuevo acceso a la tierra, al crédito, a los servicios del gobierno y a los incentivos de precios para incrementar su participación en la producción agrícola. Este incremento no se ha limitado a los granos básicos. La participación de estos grupos también ha tendido a incrementar la producción de algodón, de café y de ganado.

Para el gobierno, la inversión que hacen los capitalistas campesinos es también más "barata". A diferencia de los sectores del Estado y de grandes propietarios privados, que dependen casi con exclusividad de los fondos que piden en préstamos para inversión al gobierno, estos productores realizan una parte sustancial de la inversión en forma independiente de los fondos del gobierno. También utilizan menos divisas por córdoba de producto, porque tienen menor dependencia de insumos y maquinaria.

En tanto que el gobierno continúa preocupado de alguna manera por las posibilidades de la diferenciación rural y de ahí por favorecer la producción cooperativa, su insistencia sobre el particular se ha vuelto menos dogmática. Ha llegado a mirar con beneplácito la acumulación de los "capitalistas campesinos", viendo que ésta es la única manera de incrementar la producción. También se ha vuelto más flexible en sus políticas de redistribución de las tierras y recientemente ha comenzado a redistribuir grandes cantidades a productores individuales, como lo había venido pidiendo la UNAG durante algún tiempo.

Se ha ido prestando mayor atención a los incentivos de precios para este sector. El supuesto anterior, derivado del modelo de dos sectores, era el de que mientras los grandes agricultores capitalistas privados, como los del algodón, arroz y azúcar eran muy elásticos en la oferta con respecto al precio, para los granos básicos, el ganado y el café producido por los campesinos las elasticidades eran muy bajas. Con el nuevo supuesto de que la mayor parte de los comestibles son producidos por productores comerciales, los incentivos de precios toman una importancia mayor.

La inquietud por controlar los precios urbanos de los alimentos continúa ejerciendo una presión hacia abajo sobre los precios de los productores. Sin embargo, hace poco el gobierno ha demostrado su voluntad por elevar los precios a los productores y pasa estos incrementos a los consumidores, reflejando así en parte un nuevo punto de vista con respecto a las elasticidades de precios.

VOLVIENDO A LOS POBRES DEL CAMPO

La aceptación de los nuevos modelos de las estructuras agrarias de Nicaragua y sus implicaciones políticas hasta la fecha, de alguna manera ha sido fragmentaria e incompleta. Quedan todavía serios interrogantes que se refieren al hecho de saber si el gobierno nicaragüense ha tenido la capacidad de formular una política reforzadora de los productores individuales y las cooperativas, lo cual implicaría proporcionarles servicios y

coordinación, así como incentivos positivos a un grupo tan grande y tan disperso (Deere *et al.*, 1983).

Sin embargo, más importante es aún preguntar si las políticas implicadas por estos nuevos modelos son adecuadas. En esta sección final habré de argumentar que, en tanto la crítica de Baumeister y las políticas asociadas de varias formas representan un avance sobre algunos análisis anteriores, comparten con los primeros modelos una seria deficiencia: la falta de una concepción coherente de la naturaleza del semiproletariado rural y de las políticas que podrían haberse llevado a cabo para beneficiar a este grupo.

En el modelo agroexportador capitalista, el semiproletariado rural desempeña un papel tremendamente importante porque es responsable, de manera simultánea, de la mayor parte del trabajo asalariado que trabaja en las fincas capitalistas y de la mayor parte de la producción de alimentos en el sector del consumo doméstico. Sin embargo, es irónico pensar que las políticas derivadas de estos modelos condujeron a que se diera apoyo, no al semiproletariado, sino a los trabajadores permanentes y a las granjas comerciales. Los trabajadores permanentes lograron un acceso más estable al empleo, mejoraron las condiciones de trabajo y obtuvieron la libertad de organizarse. Las granjas comerciales consiguieron un acceso mayor al crédito y precios favorables. Pero los semiproletarios estaban en una posición desfavorable para lograr ventajas de estos beneficios, por no ser obreros de tiempo completo ni tener acceso suficiente a la tierra como para utilizar con eficacia los nuevos créditos y los incentivos de precios.

Las concepciones de Baumeister representan a este respecto una mejoría. Si se deja de lado la justificación para no redistribuir la tierra, se revela la posibilidad de dirigir las preocupaciones del semiproletariado mediante la reforma agraria. Pero, aparte de esto, Baumeister pone poco énfasis en el semiproletariado y en las implicaciones extremas de su argumento se trata de minimizar su importancia.

Entre los años 1981 y 1984, se redistribuyó la tierra entre unas 30 000 familias por medio de la reforma agraria, de manera fundamental como miembros de cooperativas de producción (CAS). Por lo que afirma la mayoría, quienes recibieron las tierras lograron mejoras notables en su bienestar. Si se supone un promedio de 1.5 miembros de cooperativas por cada familia beneficiada, esto significaría que 45 000 personas económicamente activas se beneficiaron directamente de la reforma agraria.

De acuerdo con nuestras cifras, sin embargo, en 1978 había en Nicaragua 157 000 semiproletarios. Además, los trabajadores estacionales, que no tenían acceso a la tierra ni pleno empleo, eran 75 000 (véase cuadro 1). Ambos grupos son beneficiarios potenciales de la reforma agraria. Si éste es el caso, para septiembre de 1984 sólo 19% del total potencial de beneficiarios de la reforma agraria habían recibido tierras.

En comparación con muchas otras reformas agrarias latinoamericanas,

el porcentaje de beneficiarios potenciales favorecidos por la reforma agraria de Nicaragua durante los tres primeros años de redistribución de tierras fue extremadamente alto. Pero aún queda por solucionar el problema de las políticas que se deberán poner en práctica para absorber a aquellos semiproletarios rurales que no han recibido tierras y que continúan representando una gran proporción de la población rural.

¿QUIÉN ORGANIZARÁ A LOS POBRES DEL CAMPO?

El problema fue especialmente difícil debido al hecho de que el semiproletariado rural no estaba representado ni en la ATC ni en la UNAG. En el momento de la división entre las dos organizaciones, se discutió la creación de "comités de trabajadores estacionales". Sin embargo, esto nunca se hizo y existen indicios de que el FSLN llegó a la conclusión de que los semiproletariados rurales no eran organizables. En un seminario de 1981, realizado con personal de la reforma agraria del Ministerio de Agricultura, Wheelock presentó la idea de que quizá la ATC debía fusionarse con la CST (la Confederación de Sindicatos de Trabajadores Urbanos), puesto que "los problemas ya se están presentando entre algunos de los compañeros de la ATC como resultado del hecho de que... están siendo dejados con el semiproletariado rural, el cual no tiene viabilidad de organizarse en este país. Los flujos de mano de obra estacional de este grupo pueden ser organizados y se puede responder a algunas de sus demandas, pero es una tarea prácticamente imposible organizarlos. La respuesta a ese problema tendrá que llegar en el futuro" (Wheelock, 1981).

La respuesta nunca llegó. La ATC se ha preocupado casi con exclusividad por los trabajadores agrícolas permanentes, y en el mejor de los casos sólo se ocupa de los semiproletarios rurales cuando éstos se encuentran físicamente en las grandes fincas.

Tampoco la UNAG se ha preocupado por organizar este grupo. De hecho la membresía en la UNAG está oficialmente limitada a aquellas familias cuya "principal fuente de ingresos es la producción de su familia o cooperativa", condición ésta que por cierto no es el caso de la mayor parte de los semiproletarios rurales (UNAG, 1981:14).

A medida que ha pasado el tiempo, la UNAG ha representado en forma creciente a los mayores de sus miembros, la mediana burguesía y los campesinos ricos, y a las cooperativas de producción. Éstas son las agrupaciones sociales que constituyen su liderazgo local en la mayor parte de los municipios, un hecho reflejado en las demandas de las organizaciones, las cuales se concentran en su mayor parte en los problemas de los productores comerciales.

En términos numéricos los semiproletarios rurales constituyen el grueso de la membresía de las Cooperativas de Crédito y Servicio (CCS) organizadas por la UNAG, pero su participación tiende a ser algo marginal.

Su participación tiende a fluctuar puesto que su uso del crédito es bajo y esporádico y rara vez se los encuentra en papeles de liderazgo dentro de las cooperativas. Ni la UNAG hace esfuerzos especiales que reflejen sus preocupaciones. El único punto de contacto importante entre el semiproletariado rural y la UNAG llega cuando se los organiza en cooperativas de producción para recibir tierras.

Existe una cantidad de problemas en torno a los cuales los semiproletarios podrían potencialmente ser organizados. Cualquier forma de organización semiproletaria debiera ahondar los esfuerzos para incrementar el acceso a la tierra. Además de organizar las cooperativas de producción, debieran hacerse esfuerzos para presionar de nueva cuenta a las fincas privadas a arrendar tierras en condiciones favorables.

Una gran proporción de los semiproletarios complementan sus ingresos mediante actividades de pequeña artesanía, comercio y otras tareas no agrícolas. Los participantes en estas actividades pueden ser organizados y pueden expresar sus inquietudes a los funcionarios del gobierno. También puede hacerse mucho para organizar a los semiproletarios en su papel de consumidores. Quizá sea éste el grupo social más vulnerable a los efectos de los altos niveles de inflación que prevalecen en Nicaragua, lo cual ha hecho casi imposible para ellos la compra de bienes semiduraderos como ropa, utensilios de cocina e implementos agrícolas. Podrían organizarse cooperativas de consumo y presionar al Estado para que les proporcionen productos sobre bases prioritarias con el fin de que se distribuyan a través de organizaciones semiproletarias.

No hay duda de que la organización del semiproletariado rural es una tarea difícil. La misma precariedad de su situación los convierte en un grupo algo inestable y los fuerza a dedicar mucho de su energía a asegurarse su supervivencia cotidiana. Sin embargo, la primera condición para organizarlos es la resolución política por parte del FSLN de promover tal organización y de desarrollar políticas gubernamentales corteses que la incentive.

En términos más generales se puede preguntar, dados los recursos muy limitados del gobierno nicaragüense y las dificultades en encontrar soluciones para los pobres del campo, si por cierto no podrían obtenerse mayores beneficios apoyando a aquellos grupos mejor equipados para utilizar los nuevos recursos. Se puede argumentar que un período de "acumulación primitiva", con una masa correspondiente de pobres en tierra, constituida por aquellos que todavía no han encontrado su lugar en el mercado de trabajo y que han sido empujados hacia la agricultura, es un resultado inevitable e ineluctable de las fuerzas más amplias del desarrollo agrícola, sin importar cuál es la naturaleza del régimen en el poder.

¿Podría ser que, como dijo Engels hace más de cien años, los socialistas "pueden ganar la masa de pequeños campesinos después de hacerles una promesa que nosotros mismos sabemos que no seremos capaces de cumplir? Esto es que debemos prometerles no sólo proteger su propiedad

en cualquier caso contra todas las fuerzas económicas que los arrastran sino también librarlos de las cargas que ya los oprimen. . .” (Engels, 1955: 27).

En el desarrollo histórico del capitalismo han existido muchos períodos durante los cuales se ha dejado morir de inanición o por causa de enfermedades a las masas empobrecidas, antes de ser integradas más tarde en empleos productivos durante los períodos de expansión. Aun en la Unión Soviética, a comienzos de la década de los treinta, tuvo lugar un período de “acumulación primitiva” durante el cual miles, y quizá millones, murieron de hambre en las granjas colectivas apenas organizadas.

Éstos son “lujos” que sin embargo Nicaragua no puede darse. Si la Revolución Nicaragüense ha de continuar a pesar de la presión constante de Estados Unidos por destruirla, necesitará contar tanto con el apoyo político como económico de los pobres del campo. Organizarlos y mejorar su nivel de vida es en verdad difícil, particularmente en las circunstancias actuales, pero es una tarea que, sin embargo, debe ser intentada.

Hasta ahora los pobres del campo han mirado hacia el FSLN en busca de liderazgo y de soluciones para sus apremiantes problemas económicos. Hasta quienes no han recibido tierras han sido estimulados por el proceso de reforma agraria y por las posibilidades de lograr beneficios en el futuro. En la medida en que éstos no cristalicen, la alianza política con estos grupos se debilita y la utilización productiva potencial de sus recursos subempleados permanece sin uso.

LA POLÍTICA DEL GOBIERNO HACIA “LOS MÁS POBRES DE LOS POBRES”

La situación actual de aquellos semiproletarios rurales que todavía no han recibido tierras es verdaderamente crítica. Como resultado de la rápida inflación, el poder de compra de su ingreso salarial ha caído con rapidez. También enfrentan con frecuencia los mayores problemas de escasez porque no están conectados con los mecanismos de distribución organizada de las ciudades, no tienen acceso a las comisarías que se han instalado en las grandes fincas para los trabajadores permanentes y no tienen ni las facilidades de compra ni de transporte que han permitido a los demás productores ganar un acceso privilegiado al mercado. Los comerciantes privados que en el pasado les ofrecían artículos de consumo, aunque fuera a precios de monopolio, han sido en su mayor parte eliminados y el gobierno no tiene la capacidad de reemplazarlos.

Aunque muchos han logrado nuevo acceso a la tierra o a empleos en el sector estatal, otros lo han perdido como resultado del creciente rechazo de los terratenientes a rentar o a contratar nuevos obreros que pudieran demandarles salarios y condiciones de trabajo mejores. Estos problemas se han ido haciendo más difíciles por la guerra “encubierta” contra Nica-

ragua que en la actualidad libra la Administración de Estados Unidos, lo cual ha forzado al gobierno a concentrarse en consideraciones militares, ha contribuido a crear inflación y escasez y ha forzado a unos 150 000 nicaragüenses a huir de sus hogares que hoy son zonas de conflicto militar.

Esto no quiere decir que no se haya hecho nada para beneficiar a los productores semiproletarizados pobres durante los últimos seis años. Además de las medidas de redistribución de tierras que se mencionaron más arriba, se han llevado a cabo avances sin precedentes en materia de alfabetización, salud y otros servicios sociales destinados a esta población. Sin embargo, es característico de estas políticas de “necesidades básicas”, que no alteren de manera fundamental las estructuras agrarias en las cuales éstas se implementan.

La Revolución Sandinista sigue siendo una revolución popular y ha demostrado, a través del tiempo, que responde a las demandas populares. El problema es saber cuánto más respondería y qué formas tomaría esta respuesta si el gobierno priorizara a los “más pobres de los pobres”.

Uno de los acontecimientos recientes más promisorios es la decisión mencionada antes de entregar grandes cantidades de tierra sobre bases individuales a familias pobres de Masaya y a familias del interior que se han tenido que cambiar de lugar como resultado de la guerra. Si bien en sí mismo no hay nada superior en la propiedad privada con respecto a la producción colectiva, o quizá todo lo contrario, la decisión de parcelizar las tierras donde los campesinos prefieren esta opción le ha dado a la reforma agraria una mayor flexibilidad y ha creado nuevas alternativas para aquellos semiproletarios que aún no están preparados para unirse a las cooperativas de producción.

Las parcelas individuales también pueden servir como medio de usar la tierra en forma más intensiva y por lo tanto de hacer que se disponga de tierra para más familias. En Nicaragua se ha observado una tendencia, como también en Chile, Perú y otras naciones latinoamericanas, donde la tierra ha sido entregada a cooperativas de producción para que los cooperativistas limiten el número de miembros como mecanismo de maximización de las rentas *per capita* derivadas de la tierra recibida.

Las estadísticas demuestran que en promedio cada beneficiario de la reforma agraria ha recibido 14 hectáreas de tierras y en la actualidad está cultivando un promedio de 4 hectáreas. Cuando esto se compara con el promedio de 1 a 2 hectáreas al cual tienen acceso la mayor parte de los semiproletarios, quienes carecen casi por completo de tierras para pasturas, leña y otros usos, se podría bien preguntar si no se pudiera hacer que las cooperativas de producción utilizaran la tierra en forma más intensiva o se propiciara el uso más intensivo de la tierra distribuyendo parcelas individuales más pequeñas. Si bien no sería deseable que la proporción entre la tierra y el hombre fuera tan alta que no se mejoraran los ingresos, debieran también tomarse en consideración las necesidades de quienes todavía no han recibido tierras.

Éste es sólo un ejemplo. Más que cualquier política específica, el primer paso para tratar con los pobres del campo es el de reconocer el problema, en términos de política y sobre la base de una teoría. La representación directa de los semiproletarios rurales y los trabajadores estacionales sin tierras es otra precondition necesaria. Hasta que estos grupos comiencen a hablar por sí mismos, sus voces no serán oídas.

A través del tiempo, el FSLN se ha mostrado flexible en sus teorías y en sus políticas. Esta flexibilidad es un reflejo de la relación estrecha que ha existido entre el partido y las preocupaciones por las masas rurales. Sin embargo, como ya se ha dicho, las perspectivas para el futuro, en particular en la difícil situación en que se encuentra hoy día Nicaragua, dependerán en gran parte de su habilidad para mantener esa estrecha relación. En ese esfuerzo, la mejor comprensión de los pobres del campo y el desarrollo de políticas que satisfagan sus necesidades desempeñarán un papel importante. Sobre este punto, tanto Baumeister como la escuela agro-exportadora capitalista, así como las políticas asociadas con ellos, han caído en falta.

Traducido por Rosa Cusminsky.

BIBLIOGRAFÍA

- Asociación de Trabajadores del Campo (ATC): (1980), *Asamblea Nacional Constitutiva, memorias*, Managua.
- Baumeister, Eduardo: (1982), "Notas para la discusión de la cuestión agraria nicaragüense", Documento presentado en el III Congreso Nicaragüense de Ciencias Sociales, Managua, octubre.
- Baumeister, Eduardo: (1983), "Conceptualización teórica y los análisis sobre el desarrollo del capitalismo en el campo y la formación de su estructura de clases", documento presentado en el XV Congreso Latinoamericano de Sociología Simón Bolívar, Managua, octubre.
- Baumeister, Eduardo y Eugene Havens: (1983), "Recruitment and retention of occasional workers in the export sector of agriculture in Nicaragua, 1981-1982", inédito.
- Baumeister, Eduardo y Oscar Neira Cuadra: (1984), "Economía y política en las relaciones entre el Estado y el sector privado en el proceso nicaragüense", documento presentado en el seminario Los problemas de transición en pequeñas economías periféricas, Managua, septiembre.
- Biderman, Jaime: (1983), "The development of capitalism in Nicaragua: a political economic history", en *Latin American Perspectives*, vol. x, núm. 36, invierno, p. 7-33.
- Collins, Joseph: (1985), *What difference can a revolution make?*, San Francisco, Institute for Food and Development Policy, 2a. ed.
- De Janvry, Alain: (1981), *The agrarian question and reformism in Latin America*, Baltimore, John Hopkins University Press.
- Deere, Carmen Diana, Peter Marchetti y Nola Reinhart: (1983), "Agrarian reform and the transition in Nicaragua, 1979-1983, en *Latin American Research Review* (por aparecer).
- Engels, F.: (1955), *The peasant question in France and Germany*, Moscú, Editorial Progreso.
- Enríquez, Laura: (1985), "The dilemma of agroexport planning", en Thomas Walker (ed.), *Nicaragua: The First Five Years*, Nueva York, Praeger Press, p. 265-281.
- Feder, Ernest: (1981), "Campesinistas y decampesinistas", en Antonio García (ed.), *Desarrollo agrario en América Latina*, México, Fondo de Cultura Económica, p. 199-280.
- Envío: (1985), "Analysis of the elections".
- Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola (FIDA): (1980), *Informe de la misión especial de programación a Nicaragua*, Roma.
- Hintermeister, Alberto: (1983), "El empleo agrícola en una estructura en transformación: el caso de Nicaragua", en *Estudios Rurales Latinoamericanos*, vol. 6, núm. 2-3, mayo-diciembre, p. 201-219.

- Lehman, David: (1985), "Two paths of agrarian capitalism or a critique of Chayanovian Marxism", inédito.
- MIDINRA: (1983), *Informe de Nicaragua a la FAO*, Managua.
- Núñez Soto, Orlando: (1981), *El Somocismo y el modelo capitalista agro-exportador en Nicaragua, 1950-1975*, La Habana, Centro de Estudios sobre América.
- Pattie, Preston Stuart: (1982), "Labor earnings and Supply of off-farm labor of rural nicaraguan households", tesis de doctorado, Universidad Estatal de Michigan.
- Peek, Peter: (1982), "Agrarian reforms and rural development in Nicaragua (1979-1981)", documento de trabajo para investigación del programa empleo mundial, Ginebra, oit.
- Unión Nacional de Agricultores y Ganaderos (UNAG): (1981), "Declaración de principios, reglamento general y plan de lucha", Managua.
- Vilas, Carlos M.: (1984), "Nicaragua: una transición diferente", serie Occasional Paper, Latin American and Caribbean Center Florida International University, núm. 7, invierno.
- Wheelock Roman, Jaime: (1975), *Imperialismo y dictadura: crisis de una formación social*, México, Siglo XXI.
- Wheelock Roman, Jaime: (1980), "No hay dos reformas agrarias iguales", en *Nicarahuac*, vol. 1, núm. 1, mayo-junio, p. 60-75.
- Wheelock Roman, Jaime: (1981), *Marco estratégico de la reforma agraria*, Managua.
- Wheelock Roman, Jaime y Luis Carrión: (1980), *Apuntes sobre el desarrollo económico y social de Nicaragua*, Managua, DEPEP.